



VI

La Sagrada Eucaristía es Regalo dulcísimo del cristiano práctico.

Bibite amici et inebriamini charissimi.
Bebed amigos y embriagaos los muy amados.
CANT. V, 1.

1. En dorada copa brindó el mundo á los hombres beber sus dulzuras, y aquéllos que ávidos de placeres y no hastiados aún de goces sensuales aplicaron sus labios para probarlas, sintieron al punto satisfactorio deleite; pero luego que las apuraron, y antes de digerirlas, comprendieron que aquella engañosa sirena les había presentado dorado veneno del cual no tuvieron más remedio que arrepentirse para siempre. Ved aquí dibujados los regalos terrenos, los goces con que invita el mundo á los mortales; ellos tienen un lema impreso con caracteres indelebles cuyos términos son estos: —Todo lo que se goza del mundo es vanidad y aflicción de espíritu (1).

2. No así las dulzuras, no así los goces espirituales originados de la Divina Eucaristía y dados á beber en el cáliz del Testamento Nuevo, cuyo lema es el que sigue: ¡Cuán excelente es el cáliz que me embriaga (2)! ¿No recordáis aquel

(1) Eccles. II, 11.
(2) Ps. XXII, 5.

pasaje del Génesis (1) cuando Noé, después de exprimir el dulce mosto, bebió hasta el exceso de embriagarse, aunque sin culpa, y efecto de aquel enajenamiento quedó tendido en el suelo? Pues reflexionad que, siendo Noé figura de Jesucristo y el vino emblema de su amor, cifrado en el cáliz de la Eucaristía, quien le bebe con fervor queda enajenado en éxtasis divino. ¿No recordáis que cuando Jonatás, hijo de Saúl, probó una poca de rica miel que le alargaron con la punta de una vara se le esclarecieron los ojos, gozando su alma indeciblemente? Ved, pues, en este geroglífico á la santa Eucaristía que, quien la recibe abre los ojos á una vida sobrenatural, expansionándose su alma en aquellas celestiales regiones. ¿Cuán generoso no fué el vino que produjo Jesucristo en las bodas de Caná? Pero ¿cuánto más delicioso es el vino de la Eucaristía, pues es nada menos que la propia sangre del Salvador?

¡Amadores de placeres; sensualistas! yo os invito á que probéis la Sangre de Jesucristo, recogida y conservada en nuestros augustos cálices, y á que me digáis, después de haberla gustado con fe y amor, si por ventura los deleites profanos que habéis experimentado son más regalados que los de la Eucaristía. Mas si por desgracia no os queréis tomar este pequeño trabajo, escuchad al menos, fijándoos en las ideas que voy á exponer á continuación.

Puesto que el texto que encabeza el presente discurso tiene dos partes, hemos de estudiar en la 1.^a *Propiedades de la divina bebida eucarística*; y en la 2.^a *Inefables delicias que causa en los que la toman*.

§. I.

Es la bebida un refrigerio que se ofrece al cuerpo para que se satisfaga, y en cierto modo se regale; pero tanto más quedará recreado cuanto que el líquido sea de mejores calidades, sobre todo si está confeccionado según el gusto del que le bebe. Dios, en verdad, trata á los hombres con se-

(1) Gen., IX, 21.

vera justicia y al propio tiempo con bondadosa misericordia; pero mientras somos viadores derrama con más ostensible profusión los tesoros de la segunda. Contemplad la creación, y fijaos en todos sus hermosos encantos, ¡qué cuadros tan primorosos! Observad esa otra creación sobrenatural, la gracia divina, milagro potente de la misericordia, y notaréis que toda rebosa en amor; poned atención, finalmente, en el prodigio de los prodigios, en la Santa Eucaristía, y acabaréis de convenceros que la bondad del Eterno ha superado á su justicia.

Obra latente del amor es, en efecto, el Sacramento del Altar en quien el Señor ha querido cifrar, no ya su poder, su sabiduría y su amor, sino la quinta esencia de esta heroica virtud, porque, al darse en comida al hombre, no sólo pretendió sustentarle, sino más bien regalarle. Hasta aquí hemos visto crecer el amor de Jesucristo; pero cuando desea que su Sangre divina regale las almas creo que en este bellísimo ideal finó la nota de su caridad inextinguible.

3. El pueblo cristiano se queja demasiadas veces de que apura el cáliz del dolor y de la amargura hasta las heces, y en su triste languidez, exclama: ¿Quién nos diera á probar la felicidad? Tres días hacía que los hebreos caminaban por áridos desiertos buscando cómo satisfacer su ardiente sed, y no hallando de ninguna manera el potable líquido, murmuraban contra Moisés, diciendo: ¿Qué es lo que beberemos? mas éste les mostró un madero, el cual, arrojado á las aguas de Mara, se endulzaron (1). Comenta S. Agustín (2) este significativo pasaje, y advierte que el madero bíblico es figura de la cruz de Jesucristo, quien, siendo arrojado en las aguas de los tormentos, produjo su dulzura, obteniendo los sacramentos, principalmente el de la Eucaristía, que conforta y recrea el corazón humano.

4. Esta preciosa sangre eucarística posee varias excelentes propiedades, en razón á que se aplica á diversas necesidades del alma. Es verdadera y divina; nutre, fortalece y

(1) Exod. XV, 24, 25.

(2) In Exod. q. 57.

embriaga. *Vere potus*. Así lo expresa terminantemente el divino Salvador: Mi sangre es verdadera bebida (1). Á la manera que en el orden material existen bebidas verdaderas y falsas, siendo las primeras aquéllas que son necesarias al estómago, como el agua; ó ayudan á su digestión, como el vino; ó pueden ser útiles, como el café; y formando parte de las segundas aquéllas que, ó bien irritan ó enferman el estómago, como el alcohol, ó le destruyen, como el veneno, de la propia manera, hay también en el mundo espiritual bebidas verdaderas y falsas. Mientras que la lectura santa es bebida espiritual útil, y la audición de la palabra divina ayuda á la santificación del alma, la oración y los sacramentos son bebidas espirituales necesarias. Ahora ¿quién no descubre que la Eucaristía, aunque no sea precisa con necesidad de medio para salvarse, lo es de precepto, y también con necesidad de medio en cuanto que para salvarnos debemos estar unidos con Cristo?

Ved, pues, cómo la sangre de Jesús Sacramentado es verdadera bebida, puesto que tonifica el alma y la devuelve sana y vigorosa.

Pero esta rica sangre es también bebida divina. *Hic est sanguis meus*. «Esta es mi sangre del Nuevo Testamento (2)» afirma el Hombre-Dios: sangre por cierto inapreciable y de un valor infinito, puesto que con Ella se redimió el mundo, y hubieran podido ser redimidos millares de mundos que hubiera; sangre que es lluvia divina que entra suavemente en el alma, y la riega y la fecundiza con virtudes celestiales, para que produzca obras meritorias en el tiempo á fin de que sean recompensadas en la eternidad.

5. *Qui bibit meum sanguinem habet vitam* (3). Quien bebe la sangre de Jesucristo tiene vida, pero no una vida cualquiera, no una vida espiritual meramente, sino una vida sobrenatural y divina, que le transforma en un ser más apreciable que los ángeles; que le endiosa, en una palabra. Lue-

(1) Joan. VI, 56.

(2) Math., XXVI, 28.

(3) Joan. VI, 55.

go si se obtiene vida, bebiendo el precioso líquido que brota del costado de Cristo, es porque nutre, es porque vivifica.

Fortalece igualmente. *Concupiscite lac sine dolo ut in eo crescatis in salutem* (1). Desead la leche purísima y verdadera, dice S. Pedro, para que con ella adelantéis en el camino de vuestra salvación. Pero ¿cuál es esta purísima leche, sino la de la Eucaristía, según exponen los santos? Algunos contemplativos vieron á Jesús en el Sacramento como tierna madre que muestra ambos pechos henchidos de néctar riquísimo, y busca, ansiosa, almas que le aligeren de aquel peso. No á otro sentido se refieren aquellas palabras de la Esposa de los Cantares. «Bebí mi vino con leche (2)», ya que la sangre de Jesús Sacramentado, figurada por el vino, tiene las propiedades de la leche, que nutre y fortalece. Y ¿cómo no ha de fortalecer si con esta sangre hemos de arribar llenos de vida exuberante á la eternidad de los justos?

La última de las propiedades de esta divina sangre consiste en embriagar. *Bibite amici, et inebriamini charissimi*. Bebed amigos y embriagaos los muy amados. He aquí cómo la Iglesia, simbolizada por la Esposa de los Cantares, invita á sus fieles para que beban de la sangre de Cristo á fin de que se conforten con Ella; mas á los muy queridos, á las almas fervorosas las dice: embriagaos; como si dijera: Puesto que esta dulce bebida enajena en las delicias inefables del amor santo, aceptadla vosotros también, con objeto de que, aumentéis el número de los convidados á las bodas del Cordero.

Pero nos corresponde estudiar todavía las inefables delicias que causa esta divina Sangre en los que la toman.

§. II.

6. El Excelso prohibía absolutamente á los nazareos la ingestión de licor alguno que embriagase; pero en la ley de gracia, manda positivamente á las almas, que se consagran á Él en la Religión Católica, que beban el vino de su Sangre,

(1) I Pets. II, 2.
(2) Cant. V, 1.

vertido en el cáliz de nuestros altares. ¡Admirable contraste, pero cierto sin duda (1)! «Bebed de mi sangre todos vosotros» dice á los apóstoles; y antes de esta ocasión había amenazado con la muerte eterna á todos aquéllos que no la probasen: Si no bebiereis la sangre del Hijo del Hombre, dice, no tendréis vida en vosotros (2).

Dios se vale ordinariamente del temor para que el hombre observe sus mandatos; pero, cuando ha notado que éste hace poco caso de las órdenes excelsas, adopta el medio del amor, consiguiendo generalmente lo que por el temor no obtuviera. En la ley antigua intima con dureza sus preceptos, y toda carne corrompe sus caminos y los hombres se apartan de la eterna vida; en la ley de gracia ordena con cariño, y alcanza que el hombre le ame debidamente; mas, cuando pretende que los hombres le reciban sacramentado, intima con temor: «Si no bebierais la sangre del Hijo del Hombre no tendréis vida»; pero, al observar que el hombre de su natural, humilla más su cabeza al amor que al temor, deja vencerse de esta dulce inclinación, y entonces ya no le manda, sino que le dice con ternura: «Si alguno tiene sed venga á mí y beba» (3).

7. Columbrando en espíritu el profeta Isaías la divina Eucaristía, dijo que los siervos de Dios beberían, y que efecto de esta santa bebida prorrumpirían en cánticos de alabanzas; pero, ¿cuál es esta rica bebida sino la sangre del Redentor que había de enajenar y producir en los siervos de Dios el deseo de cantar las salmodias de la gratitud? De conformidad con las frases del mayor de los profetas, asegura David que los que tomaban el vino eucarístico cantaban salmos en acción de gracias (4); por este motivo exclama entusiasmado: *Et calix meus inebrians ¡quam præclarus est!* Y ¡cuán excelente es el cáliz que me embriaga! Si David, en aquella ley de las sombras, vislumbra el efecto de enajenar que había de causar la sangre de Cristo, qué os parece

(1) Math. XXVI, 27.
(2) Joan. VI, 54.
(3) Joan. VII, 37.
(4) Ps. LXVIII, 13.

la causará en efecto? S. Cipriano, sobre aquellas palabras dice, que así como la embriaguez hace que el hombre pierda su sentido, así la Eucaristía hace que el fiel, de un hombre terreno pase á ser celestial (1). Es vino, dice el profeta Zacarías, que engendra vírgenes; y así, añade S. Jerónimo, el vino eucarístico lo beben las vírgenes santas de cuerpo y espíritu para que se embriaguen de amor, y puedan en su alegría santa ser presentadas por la Iglesia al divino Esposo que las espera en su templo.

8. También la sangre de Jesucristo alegra el corazón del cristiano, dejándole tranquilo y en un mar de dulzuras, según aquello del profeta: «Sacarás de la tierra el vino que alegra el corazón del hombre» (2). ¿Cuál es este vino, sino el contenido en el cáliz de la Nueva alianza que, consagrado por el sacerdote, se convierte verdaderamente en la sangre del Inmaculado Cordero? Pues esta sangre, asegura el profeta coronado, alegra el corazón del que la bebe, pero del que la bebe con deseos de que produzca en él estos saludables y santos efectos. ¡Oh, qué dulzura adquiere un católico después de comulgar con fervor! Si todos los que se acercan á la sagrada Mesa consiguieran experimentar placer semejante, qué pronto abandonarían los deleites de la tierra y se apresurarían á recibir todos los días la sangre del Redentor! Y qué tesoros tan escondidos tenáis, Señor, en vuestro seno antes de morir; pero ahora que nos los descubris en vuestros templos ¡cómo sabéis ocultarlos á los que no desean verlos con ojos castos y percibirlos con entrañas de amor! por cierto, escrito está, que sólo serán bienaventurados y verán á Dios los limpios de corazón.

Dije anteriormente que la bebida en general tanto más recrea y regala el sabor cuanto mejor esté confeccionada al paladar del que la gusta; pero en la bebida de la Eucaristía sucede lo contrario; contiene en sí todas las delicias espirituales, de modo que puede adaptarse perfectamente al gusto de cada uno; el hecho es que el que la percibe ha

(1) Epist. 2 ad Cecilium.

(2) Ps. CIII, 15.

de disponer el paladar espiritual de tal manera que la sangre divina produzca en él los frutos mencionados. El Apóstol propone un medio para conseguirlos, y hasta lo exige como condición necesaria para recibir fructuosamente el Santísimo Sacramento. «Pruébese el hombre á sí mismo, dice. Examínese, y vea si su espiritual paladar está dispuesto convenientemente para percibir el Sacramento del Señor.

9. Mientras que el hombre no pruebe de este modo la Santa Eucaristía no conocerá su suavidad. «Gustad y veréis entonces cuán suave es el Señor.» S. Gregorio Magno (1) hace un parangón entre las delicias corporales y espirituales, de esta manera: «Suele haber gran diferencia entre los deleites del cuerpo y los del espíritu; cuando no se poseen los del cuerpo encienden en el apetito un enfadoso deseo, y cuando llegan á gustarse con avidez, después de haber sido saciado, fastidian al que los ha percibido. No así sucede con los deleites espirituales, que mientras no se poseen, causan hastío, pero cuando se llegan á poseer, abren el espiritual apetito... En aquéllos el apetito agrada, pero la experiencia desplace; en éstos el apetito es despreciado, pero cada vez gusta más su uso. En aquéllos el apetito engendra hartura, y la hartura causa fastidio; mas en éstos el apetito engendra también saciedad, pero ésta produce el apetito. Por lo tanto, el deseo de las delicias espirituales se aumenta en el ánimo mientras sacian, porque cuando más sabor se percibe de ellas otro tanto se conoce que se aman con más avidez, y por lo mismo, no percibiéndolas, no pueden ser apreciadas, porque se ignora su sabor. ¿Quién, pues, podrá amar lo que ignora? por esta razón nos avisa el salmista, diciendo: Gustad y ved porque suave es el Señor; como si claramente dijera: no podréis conocer su suavidad si no la gustáis; tocad la comida de vida (eucarística) con el paladar del corazón, á fin de que probando su dulzura la podáis amar.» ¡Cuán excelente debe ser, pues, al paladar del espíritu la Eucaristía! Á que la probemos nos invita el Salvador, cuando por boca del Espí-

(1) Hom. 36 Dom. infraoct. del Corpus.

ritu Santo nos dice: «Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os he preparado»; y por si no tenemos bastante con esta invitación, asegura que la Sabiduría divina edificó un templo para sí y mezcló el vino con una poca de agua para los convidados. ¡Precioso emblema de la sangre de Jesús Sacramentado!

10. La arqueología cristiana, ese gran recurso apologético de la Religión, que exhibe materialmente el dogma, la moral y la disciplina católica, con más clarividencia que demostrarlo pueden los largos cursos de la carrera eclesiástica, dándose la mano con el arte moderno, ha venido á corroborarnos las precedentes ideas. Si es cierto que la paloma, coronada con una cruz, simbolizaba en la antigüedad cristiana á Jesucristo, y con más propiedad aún al Paraclito; pero no hay duda que era también figurada por el alma pura, que se deja nutrir de Jesucristo Sacramentado. En un sello cristiano de una antigüedad respetable (1) se muestra en su centro una paloma y una inscripción á su alrededor que dice: *Veni si amas*: ven si amas. Es el Salvador que llama al alma devota, figurada en la blanca paloma, para otorgarle su amor. Y en Li6n se patentizan, asimismo, dos hermosas palomas que llevan en el pico un grano de trigo: símbolo perfectísimo de las almas felices, alimentándose con el Pan de los ángeles (2).

Pero hay más. La dulzura percibida por las almas comulgantes viene á sensibilizarse de una manera encantadora en una pintura de un *arcosolium* del cementerio de Pretextato. Consiste en un vaso de gran tamaño y dos palomas una á cada lado del vaso, mirándose de frente, en una actitud dulcísima, como que han gustado el contenido del recipiente. Hay la particularidad de que entre éste y las dos avecillas se hierguen dos copudos arbustos, que semejan perfectamente á dos grandes cepas, que vienen á servir de pabellón al vaso. Ahora bien; ¿quién no descubre en este hermoso simbolismo al cáliz eucarístico, gustado por las almas san-

(1) Macarius. *Hagioglypta*, pag. 239.

(2) De Boissieu. *Inscr. de Lyon*, pag. 581.

tas (1)? ¿quién no lee, además, en un mosaico de Rávena del siglo V, en el que se ven palomas apagando su sed en una fuente, á la fuente eucarística de la que se sacian los cristianos (2)? ¿quién no admira, por último, en un sarc6fago de S. Ambrosio de Milán, en el que se destaca un cáliz, y bebiendo en él dos hermosas palomas, al divino sangüis, que conforta las almas cristianas (3)?

Nuestros más renombrados artistas supieron reflejar en los venerables rostros del apostolado, en actitud de estar sentados á la última Cena con Jesucristo, después de haber comulgado, las impresiones más dulces y divinas que podemos imaginar. Del siglo XIII ó XIV es un misal que se muestra en una de las elegantes vitrinas de la Colombina de Sevilla, cuyo apostolado, sentado á la Mesa eucarística, manifiesta un aspecto apacible y extático. En el facistol de la excolegial de Osuna hay un precioso cantoral magno, cuyo apostolado tiene impreso en el rostro la imágen del candor y de la satisfacción íntima. Leonardo de Vinci supo imprimir al discípulo amado una actitud sublime, difícil de imitar. Claudio Coello reflejó en el mismo ap6stol satisfacción inmensa. Rubens comunicó el más acentuado éxtasis á todos los ap6stoles; y Owerbech los pintó de rodillas, al rededor de Jesucristo y de su mesa, juntas las manos, modestos los ojos, alegre y transformado el semblante. ¡Copia fiel de las dulzuras internas que el alma experimenta con la participación eucarística!

11. Los santos que intentaron expresar alguna cosa de la suavidad eucarística quedaron exteriormente mudos, pero anegados interiormente en un mar de consuelos. Respondiendo el V. Estella (4) á las palabras de los cafarnaítas, ¿Cómo puede darnos Jesús á comer sus carnes?, dice: «Si quieren saber el cómo, lo sabrán comiendo; dejen la infidelidad y dejen los pecados y verán que, llegándose con pureza de conciencia á este fuego de excelentísima caridad, se en-

(1) Perret, 1, c. p. LXIV.

(2) Ciamp. *Vet. mon.*, tab. LXV.

(3) *Mon. Christ. di Mil.*, tav. VI, 2.

(4) *Medit.* 33.

cenderán sus corazones en Divino amor y sabrán lo que ahora no saben». Dispóngase, pues, nuestro corazón con una buena confesión sacramental, con un despego total á los pecados veniales, con un ardiente deseo de santificarnos con la santa Eucaristía y comulguemos; participemos de la sangre divina con esas disposiciones, y experimentaremos que Jesús nos anega en un océano de inmensas felicidades; porque asegura Sta. Teresa que cuando Dios introduce á una alma en su regalada despensa, la embriaga de felicidad en tanto grado que pierde la afición á las cosas terrenas.

12. ¡Qué lástima causa observar á muchas almas sumergidas en el pecado, y encenagadas en el material deleite de los vicios sensuales, cuando si hubiesen gustado por una vez sola la suavidad del Señor los hubieran abandonado, y hubiesen corrido como ciervos sedientos á la fuente del Sacramento! Pero mucha más compasión inspiran otras personas que, reacias al amor de Dios, á sus inmensos beneficios y á sus repetidos llamamientos, quizá después de haber gustado sus delicias, no atreviéndose por respetos humanos ó por malicia á levantarse del cieno, viven revolcadas en él por muchos años. Compadecemos de estas almas, y rogamos á Dios por ellas; pero estemos alerta nosotros no nos acontezca otro tanto. Acudamos á la Eucaristía y procuremos ser sus favorecidos, imitando á los bienaventurados que tan dulces regalos obtuvieron de este Sacramento altísimo. El siervo de Dios Fr. Rufino de Cerezano, de la Orden de Menores, profesaba tal amor al Sacramento de Altar que, estando orando en la iglesia delante del Santísimo, arrojó en una ocasión tales llamas, que no sólo llenaron el templo, sino que, saliendo impetuosamente por la ventana, llegaron hasta el pueblo vecino, y pensando sus moradores que fuese algún incendio, corrieron á apagarlo; mas ¿cuál no sería su asombro al ver en la iglesia al bendito religioso del cual brotaban aquellos vivos fulgores (1)? La V. M. Sor María de Jesús de Ágreda, siempre que estaba en la presen-

(1) Crónica Seráf.

cia del Santísimo Sacramento tenía las rodillas desnudas y en esta posición rezaba sus obligaciones (1); y la Bta. Josefa María de Sta. Inés de Beniganim profesaba tal devoción al Señor Sacramentado que, cierto día en que estaba ocupada por la obediencia y no podía personarse en la Iglesia, donde se estaba exponiendo á su divina Majestad, quiso el Redentor que las paredes que le impedían la vista se transformasen en delgadas superficies de cristal por entre las cuales adoró el Sacramento.

¡Oh Jesús: celestial bebida que confortas y embriagas al alma! Confortadnos en vuestro servicio y embriagadnos en vuestro amor purísimo, á fin de que no apetezcamos de hoy en adelante los deleites de la tierra. Los renunciamos para siempre y protestamos que queremos servirnos á Vos sólo y beber de esas celestiales dulzuras vuestras que nos preparan las que nos tenéis reservadas en la eternidad.

EJEMPLO

Jacobo de Vorágine (2) refiere que S. Hilario confesaba á una doncellita de vida enteramente angelical. Frecuentaba esta niña la Santísima Eucaristía, y el mencionado Padre la alentaba á esta santa devoción, diciéndola al propio tiempo que él conocía á un esposo castísimo en cuya compañía se había de alentar mucho en las virtudes. Tanto se lo alababa y en tal manera encomiaba sus excelencias que, movida la doncellita del natural deseo de conocerlo, le pidió que se lo mostrase, á lo cual accedió el santo Padre, asegurándole que, si se preparaba con exquisita diligencia para recibir el cuerpo santísimo del Señor, él se lo mostraría. Con sencillez de paloma y con ferviente amor preparóse la bendita niña para comulgar; mas al llegar al Altar, y luego que S. Hilario hubo sacado del sagrario la Santa Hostia se la enseñó, diciéndola: Hija, éste es tu Esposo, y con éste se ha de unir íntimamente tu alma, sin tener ya voluntad ni afición á cosa alguna de la tierra. Encendióse el rostro y ardió el corazón de la doncellita en obsequio de aquel Santísimo Esposo, y al comulgar, en medio de indecibles suavidades y de inexplicables dulzuras en que fué enajenada su alma, exhaló su último suspiro, enviando su espíritu al divino Esposo, entre armonías dulcísonas y alegres cánticos que entonaron los célicos espíritus.

(1) De su vida por el P. Jiménez Samaniego, § V.

(2) Sermo de Eucharist.